

LOS CONCEPTOS DE HERMANDAD Y SOCIEDAD UNIVERSAL EN EL PENSAMIENTO CRISTIANO PRIMITIVO

ANA MARÍA GARCÍA BARZELATTO
Profesora de Derecho Político

Actualmente en el mundo contemporáneo pareciera que ningún acontecimiento político o económico de un Estado deja de tener trascendencia, por mínimo que sea, en otros Estados o sociedades políticas. "Lo que caracteriza a los acontecimientos de que somos testigos y lo que los distingue de todos los que les precedieron desde los orígenes de la historia es su carácter mundial. Ya no hay historia local. Ya no existe historia exclusivamente nacional cuyos acontecimientos interesen a un pueblo en parte y a él solamente, en el sentido de que él sólo sería su causa o él sólo experimentaría los efectos. Es ya un hecho la unidad del planeta"¹. Razones económicas, industriales, comerciales, de tipo técnico en general, han contribuido a la formación de una solidaridad que abarca a toda la humanidad de modo que la historia se ha transformado en universal. Así, contemplamos en el mundo de hoy una integración entre las naciones que nos permite hablar de los llamados Estados supranacionales. "La sociedad universal hacia la cual avanzamos será con relación a los Estados de hoy, lo que ellos llegaron a ser para los pueblos otrora divididos, de que se componían, como estos pueblos, a su vez, parecían haberlo sido, más antiguamente aún, para esas familias, clanes y tribus cuya unidad terminaron por asegurar"². Pero resulta interesante plantearnos ¿cómo ha nacido este ideal de unidad? ¿Qué factores contribuyeron a su formación? ¿En qué momento surge el concepto de universalidad?

Fustel de Coulanges nos presenta a la familia vinculada a creencias religiosas y a ritos sagrados de los cuales era inseparable. Cada grupo familiar constituía un núcleo cerrado vinculado estrechamente por su culto religioso y en torno al cual se desarrollaban las actividades fa-

¹Gilson, Etienne. *Las Metamorfosis de la Ciudad de Dios*. Editorial Troquel, Buenos Aires, 1954, 14.

²Gilson, *ob. cit.*, 16.

miliares. La creencia religiosa era tanto un vínculo que unía a los miembros de una familia, como un obstáculo que la separaba de los demás y la mantenía aislada y, aún más, recelosa de otras que no compartían su culto.

Ahora bien, la unión de varias familias produjo el surgimiento de una unidad política mayor, la tribu, y por encima de ésta, la ciudad. En la antigüedad clásica griega la ciudad se constituyó como unidad política autosuficiente, con sus gobernantes, su comercio, su tradición y su religión. Lo que motivó, en gran medida, la unión de varias familias fue el reconocimiento de dioses comunes. Así, la sociedad no se ha desarrollado sino en cuanto se ensanchaba la religión. "Jerarquía de creencias, jerarquía de asociaciones. La idea religiosa ha sido entre los antiguos el soplo inspirador y organizador de la ciudad"³.

La polis griega alcanzó su máximo desarrollo intelectual, político y artístico en el siglo v a. C. Posteriormente, pasa a formar parte de una unidad política mayor que venía gestándose, el imperio macedónico, dirigido por Alejandro, que señala su fin y el de los sistemas filosóficos que ella entrañaba. Cambian las condiciones políticas y sociales, se vive una época de crisis que se trasunta en una gran inestabilidad para el hombre y en una transformación de los sistemas filosóficos. El hombre encuentra apoyo en la filosofía helenista que surge luego de la decadencia de la polis y que vino a llenar en parte el vacío espiritual existente. Surgieron varias filosofías que de alguna manera trataron de proporcionar al individuo una respuesta a sus problemas y una posición espiritual satisfactoria frente al mundo cambiante que se vivía.

Entre otras corrientes, surge el estoicismo cuyo gran aporte fue pensar que el universo es uno y continuo, donde todas las cosas y acontecimientos se hallan ligados entre sí. Para los estoicos el individuo no sólo es ciudadano del país en que ha nacido sino que es ciudadano del mundo; el sabio estoico acepta el orden de la naturaleza y se siente solidario de un orden infinitamente más vasto que la sociedad política particular donde ha nacido.

Este pensamiento tuvo su concreción práctica en el imperio de Alejandro que emprendió una inmensa tarea, no sólo de conquistador

³Fustel de Coulanges, *La Ciudad Antigua*. Editorial Nueva España S. A. México, 1944, 176.

sino de civilizador de las tierras conquistadas, introduciendo, junto con la religión y la filosofía de los griegos, el orden común que imponía el respeto de sus propias leyes. Conquistar para civilizar, civilizar para unir, tal habría sido, pues, su ideal.

Esta conquista progresiva de los Estados griegos y de los pueblos de Oriente, seguido por su absorción en la unidad de un solo imperio, ha podido parecer el esbozo de una sociedad universal. Lo mismo puede decirse con respecto al imperio romano, sucesor del imperio de Alejandro; ambos imperios encontraron la manera de justificar su poder, legitimarlo, obteniendo el consentimiento de los pueblos a su dominación, y lograr la sumisión deseada. Sin embargo, faltaba un elemento para que llegaran a constituir una verdadera sociedad. Los pueblos hallaron la unidad de todos en una sumisión común, no la unión de todos en el acuerdo común de las voluntades⁴. Ciertamente, que los imperios macedónico y romano rompieron barreras nacionales y, probablemente, favorecieron el surgimiento de sentimientos comunitarios, pero la idea de una verdadera sociedad humana donde los hombres se sienten unidos entre sí, fraternalmente, y no al universo que les rodea ni al poder constituido solamente, esta idea, nace con Cristo y su predicación. La revelación de Jesús al establecer la dignidad de la persona y la igualdad esencial de los hombres, significó un cambio total de perspectivas y de valoraciones.

Ciertamente que la polis griega alcanzó un desarrollo político e intelectual extraordinario y se distingue en medio de la Antigüedad por su elevado concepto de la ley que era en el fondo testimonio de la libertad de que gozaba⁵. Además la adhesión a la ciudad, la consagración a la patria, son testimonio indudable de una unión basada en un

⁴Gilson, *ob. cit.*, 20.

⁵"Que nosotros las leyes fuimos las que te engendramos, cuidamos e instruimos, volcando en tí y en todos los demás ciudadanos cuanto teníamos; y, con todo, proclamamos en plaza pública la facultad que hemos otorgado al ateniense que, reconocido por mayor de edad, note que no le agradan ni las cosas de la Ciudad ni nosotros sus Leyes, de salirse si lo quiere, llevarse sus cosas e irse con ellas a donde le plazca". Platón, *Critón*. Obras Completas, Ed. Aguilar, Madrid, 1966, 436. Ver, además, A. J. Festugière, O. P. *Libertad y Civilización entre los griegos*, Eudeba, 1972, 8, Cfr. W. Jaeger, *Paidea: los ideales de la cultura griega*, Fondo de Cultura Económica, México, 1957, 103 ss., 589 ss., 1615 ss.; del mismo autor, *Alabanza de la ley*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1953.

acuerdo de voluntades⁶. No obstante, forzoso es recordar que este ideal se realizó en un grupo muy reducido, como eran los ciudadanos —careciendo el resto de la población de derechos políticos— y, en general, miraban a sus vecinos como seres naturalmente inferiores⁷.

Uno de los caracteres originales de la predicación de Cristo y que constituye un aporte fundamental a la cultura occidental es el hecho de presentarse como una religión que tiene como problema esencial el del hombre. Ciertamente es que toda religión tiene como centro vital el problema del hombre y su destino, pero el rasgo original de la enseñanza cristiana lo constituye el hecho de preocuparse del hombre como conciencia, como interioridad, como personalidad⁸ y su existencia terrena cobra sentido en la medida en que debe realizar un fin que trasciende de este mundo.

El valor de la persona humana reside precisamente en esta orientación suya a un fin trascendente, Dios, por lo que el hombre no puede subordinarse en último término a ninguna finalidad meramente mundana⁹. Esto no quiere decir de modo alguno que el cristianismo sea extraño al problema del mundo, sino que lo subordina al problema del hombre¹⁰. En cambio, en la especulación precristiana, este último está subordinado al del Cosmos. Es decir, se reflexiona en torno al hombre porque éste es un ser del mundo físico.

Mientras el pensamiento griego es fundamentalmente intelectualista,

*“En todas partes hay que hacer lo que manden ciudad y patria, o tratar de persuadirlas en lo que permita la justicia, más no hacerles fuerza; que si no es piadoso hacérsela ni a madre ni a padre, muchísimo menos lo será hacérsela a la patria”. Platón, *ob. cit.*, 435.

“El capaz de prever debido a su inteligencia es el que la naturaleza erige en amo y señor, y el capaz de realizar tal previsión concurriendo corporalmente es el súbdito, esclavo por naturaleza”. Aristóteles, *La Política*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1951, Libro I, 1255 b, 10-11.

⁶Sciaccia, Michele F., *Historia de la Filosofía*, Editorial Luis Miracle, S. A., Barcelona, 1962, 164.

⁷“En la filosofía antigua, el Dios ya sea la Idea eterna, o el Demiurgo, el Motor Inmóvil o la Razón del Mundo, la Necesidad natural o el Uno, es siempre concebido como principio cosmológico, como ley del mundo físico y no como Persona que en un acto de Amor infinito crea a los seres de la nada, y se revela a las criaturas para darles la ley de la vida, la luz de la verdad”. Sciaccia, *ob. cit.*, 165, vid. también W. Jaeger, *Cristianismo primitivo y paideia griega*, Fondo de Cultura Económica, México, 1965.

¹⁰Ev. según San Juan 18, 36-38; Ev. según San Mateo 5, 1-12; 6, 19-24.

el pensamiento cristiano es espiritualista, la realidad para él es el espíritu y no el puro intelecto.

La concepción clásica griega concibe a Dios como un ser superior inteligente e impersonal¹¹. La concepción cristiana, por el contrario, se basa en el amor de Dios por los hombres y esta idea de Dios como Padre y Amor conduce a una nueva concepción del hombre como persona de actividad espiritual, interioridad con una misión terrenal concreta de acuerdo a ciertos preceptos que puede libremente aceptar o rechazar pero que de aceptar lo habilitarán para alcanzar su felicidad y su perfección.

La felicidad predicada por Cristo es universal; no es el privilegio de unos pocos; innumerables pasajes del Evangelio lo demuestran: "No se dejen llamar Maestros, porque un solo Maestro tienen ustedes, y todos ustedes son hermanos. Tampoco deben decirle Padre a nadie en la tierra, porque un solo Padre tienen, el que está en el cielo. Ni deben hacerse llamar Jefes, porque para ustedes Cristo es el jefe único. Que el más grande de ustedes se haga servidor de los demás. Porque el que se hace grande será rebajado, y el que se humilla será engrandecido" (Mt. 23, 6-12). "Estando Jesús comiendo en casa de Mateo, vinieron muchos cobradores de impuestos y otros pecadores y se sentaron a la mesa con Jesús y sus discípulos" (Mt. 9,10). El mismo espíritu está contenido en las Epístolas paulinas: "Del mismo modo que el cuerpo es uno y tiene muchas partes, y todas las partes del cuerpo, aún siendo muchas, forman un solo cuerpo, así también Cristo. Todos nosotros, ya seamos judíos o griegos, esclavos o libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un único cuerpo. Y a todos se nos ha dado a beber del único espíritu" (Cor. 12, 12-13). En consecuencia, su palabra junto con resaltar el valor de la persona y su igualdad esencial, adopta un carácter universal de hermandad, no conocido en el mundo antiguo, aunque ya vislumbrado por la escuela estoica¹². Ade-

¹¹"Si Dios goza eternamente de esta felicidad, que nosotros sólo conocemos por instantes, es digno de nuestra admiración, y más digno aún si su felicidad es mayor. Y su felicidad es mayor seguramente. La vida reside en él, porque la acción de la inteligencia es una vida, y Dios es la actualidad misma de la inteligencia". Aristóteles, *Metafísica*. Obras completas. Tomo II, Bibliográfica Omnia, 1967, 305.

¹²El estoicismo de la Edad Imperial en Roma con sus representantes principales Séneca, Epicteto y Marco Aurelio presenta una acentuada inclinación hacia los problemas morales. Séneca, particularmente escribió

más, establece la separación entre la esfera temporal y la esfera espiritual, entre el gobierno de la ciudad y la religión que profesan sus habitantes, con lo que incorpora una nueva concepción de la sociedad política, en que el Estado deja ya de constituir un fin último para el hombre y pasa a ser un fin intermedio, un medio para lograr su perfección y la libertad espiritual para una vida superior que trasciende el límite de la existencia terrena, y que constituye el fin último del hombre. Estos nuevos conceptos habrían de constituirse en uno de los aportes más grandiosos y fecundos en consecuencias sociales que el mensaje cristiano ha dado a nuestra cultura. Pero, cabe en estos momentos, formularnos una gran interrogante, ¿cómo se explica el hecho de que el grupo tan escaso, en sus comienzos, de seguidores de Jesús, de una religión rechazada y perseguida de manera tan brutal, llegara a penetrar en el Imperio Romano, y a adquirir tanta influencia, primero, como religión oficial, luego como organización espiritual con autoridad moral sobre el Emperador y, posteriormente, como auto-ridad religiosa y política en la Edad Media?

Existen varias razones que dan respuesta a esta interrogante en el plano meramente natural¹³. Las circunstancias de su extraordinario desarrollo resultan más sorprendentes aún si consideramos que la persecución y oposición desencadenadas por las autoridades romanas parecía conjurada en su aniquilamiento, además de que este grupo religioso no se presentaba con la fuerza de las armas ni con el prestigio de grandes personalidades. Como trasfondo, y antes de entrar a señalar las causas que de hecho influyeron en este desarrollo, conviene tener presente la unificación proporcionada por el Imperio Romano como un factor muy favorable para la propagación del mensaje cristiano puesto que facilitó la comunicación —verbal y física— entre las personas.

En primer lugar, es preciso considerar el ambiente religioso gene-

numerosos tratados morales: "¿Qué son, en efecto, caballero, liberto, siervo? Nombres dados por la ambición o por la injusticia. Pero desde cualquier ángulo es posible lanzarse hacia el cielo (ep., 31, 11). El camino de la virtud no se halla vedado a nadie; está abierto para todos... libres, libertos, esclavos, reyes, desterrados. No elige casa ni censo; se contenta con el hombre desnudo (De los beneficios, III, 18)". Mondolfo, Rodolfo. *El Pensamiento Antiguo*, II, 2ª edic., Editorial Losada, S. A., Buenos Aires, 1945, 191, vid. J. Brun, *El estoicismo*, Eudeba, Buenos Aires, 1962.

¹³No nos referiremos aquí a las razones de orden sobrenatural, que, obviamente, escapan de los límites de estas breves notas.

ral de la época y ciertas tendencias que prepararon la acogida de los principales postulados cristianos; en segundo lugar, encontramos la respuesta en los postulados cristianos mismos que vinieron a llenar un vacío espiritual y que inspiraron además la formación de una sólida organización. Por ejemplo, ofrecían especial atractivo una serie de principios morales y doctrinales, entre otros, el reconocimiento de la dignidad humana, particularmente el respeto y elevación del pobre y aún del esclavo, de la mujer y de todos los débiles y oprimidos por la moral pagana; en general, su carácter universal, superior a todos los particularismos¹⁴.

Ahora bien, respecto al ambiente religioso de la época, existía en el mundo romano una tendencia general al monoteísmo que, en medio de la multitud de religiones, cultos orientales y sistemas filosóficos, daba mayor satisfacción al individuo. Los templos y los dioses permanecían allí, pero habían perdido gran parte de su significación espiritual, siendo poco más de un ornato de la vida pública. Vivía una generación que anhelaba soluciones religiosas a sus problemas y consuelo espiritual; el problema religioso era el de mayor vigencia e interés (así como lo fue la política para Atenas en el siglo v a. C.). En este rasgo característico de la época se apoyó en gran medida la difusión del cristianismo. El vacío espiritual existente fue satisfecho en parte por la escuela estoica que profesaba un panteísmo-monista. Pero, en realidad, esta escuela centraba la salvación del hombre en sí mismo, propugnando una especie de sumisión negativa frente a los acontecimientos, lo que daba como resultado la apatía y desinterés filosófico que a veces terminaba en la desesperación¹⁵.

¹⁴Llorca, García Villostada, Montalbán, *Historia de la Iglesia Católica*, Tomo I, BAC, Madrid, 1964, 160.

¹⁵Vereker Charles, *El Desarrollo de la Teoría Política*, Eudeba, Buenos Aires, 1964. 64. Cfr. Marco Aurelio, *Pensamientos*, donde hace la siguiente reflexión: "Medita a menudo sobre la rapidez del pasar y desvanecerse de las cosas y de los hechos... La infinitud del pasado y del futuro es un abismo en el que todo desaparece. ¿Cómo no considerar necio a quien, en tales condiciones, se ensoberbece, se afana o se indigna, del mismo modo que si se turbase por las cosas duraderas e importantes? (v. 23). Bien pronto la tierra nos cubrirá por completo, luego cambiará también ella, y el nuevo estado se transformará hasta el infinito, y así, continuamente, hasta el infinito. Y quien medite el fluctuar de los cambios y transformaciones y su rapidez, despreciará todas las cosas mortales (ix, 28)", Mondolfo, *ob. cit.*, 207.

Debemos considerar, en cambio, que la palabra del Evangelio iba dirigida a todos los hombres, todos eran hijos de un mismo Padre y por tanto hermanos entre sí¹⁶. No existía ninguna barrera social e intelectual que limitara la entrada en la nueva fraternidad¹⁷ y estas comunidades vinieron a llenar muchas de las necesidades morales y sociales que dejaba insatisfechas la declinación de la vida ciudadana independiente.

La esperanza de salvación, en una forma u otra, se hallaba ampliamente difundida en la época. El cristianismo ofrecía una solución: en lugar de una sumisión negativa a los acontecimientos y de una solución centrada exclusivamente en sí mismo, aportaba con la hermandad "el sentimiento de una estrecha unidad social y la iniciación en una comunidad divino-humana con recompensa en este mundo y en el más allá"¹⁸. Además, la concepción del pecado y la redención, la caída y la reconciliación con Dios existía al igual que en otras religiones que también ofrecían diversas formas de expiación, pero ninguna de ellas unía de manera tan efectiva y personal a sus devotos en un grupo sólidamente integrado y centrado en la fidelidad a un fundador divino. La revelación estaba abierta a todos¹⁹.

Todos estos postulados inspiraron la formación de una comunidad organizada que reunió en su seno a todos los continuadores de la obra de Cristo. Desde un comienzo se dio importancia a las relaciones entre los miembros de la comunidad y a sus relaciones individuales o colectivas con Dios. Los litigios que surgieron entre sus miembros eran de preferencia resueltos por tribunales eclesiásticos propios. Todo esto contribuyó a la formación de un cuerpo colectivo que reconoció una autoridad suprema propia y que significó una innovación institucional de grandes consecuencias²⁰. La nueva doctrina no trataba de suprimir la autoridad civil del imperio sino por el contrario, reconocía claramente las prerrogativas de los gobernantes terrenos de modo que se

¹⁶"Entronizó una igualdad y edificó una hermandad que hasta ese momento apenas había sido algo más que una aspiración teórica", Vereker, *ob. cit.*, 60.

¹⁷Ev. según San Juan 8, 1-11; Ev. según San Mateo 5, 43-48; Epístola a los Gálatas 3, 26-29.

¹⁸Vereker, *ob. cit.*, 66.

¹⁹Ev. según San Lucas 15, 1-32 (Parábolas de la oveja perdida, de la dracma perdida y del hijo pródigo).

²⁰Vereker, *ob. cit.*, 70.

mantuviere un orden, una paz, en las cuestiones civiles como condición previa para lograr un bienestar general y efectivas posibilidades de desarrollo de las facultades humanas como condición, a la vez, para alcanzar el fin trascendente propio del hombre.

El problema de la subordinación de un poder a otro y la relación precisa de la doble autoridad emanada por la Iglesia y el Imperio, comienza a tener consecuencias serias en la teoría y práctica social hacia el siglo IV y V. Pero en el cristianismo primitivo la sumisión al poder civil era algo claro. Famosos son los pasajes del Nuevo Testamento que defienden estas prerrogativas²¹. Claro es que esta sumisión se basaba en una característica fundamental de la posición cristiana y es la distinción entre lo espiritual y lo temporal, esencial en ella. El deber de la obediencia cívica era una indudable virtud cristiana, tan impuesta al hombre por Dios como cualquier otra obligación moral; pero, con todo, no era una obligación absoluta. De ahí, que el cristiano se negase a rendir al Emperador honores religiosos porque significaba la interferencia del poder terreno en un asunto espiritual que debía resolver el hombre con Dios.

Esto significó una gran innovación. Para el pagano, los más altos deberes morales y religiosos confluían en el Estado y simbólicamente en la persona del Emperador que era suprema autoridad civil y religiosa. Para el cristiano, los deberes religiosos constituían una obligación suprema debida directamente a Dios, y eran el resultado de la relación entre la Divinidad (espíritu puro) y la esencia espiritual de la naturaleza humana.

Una institución que tenía su razón de ser en esta relación superior y que existía para servir de medio de comunicación del hombre con Dios, tenía que exigir que se la distinguiera de aquellas instituciones seculares que servían para procurar los medios de existencia corporal, y a la vez ser, en cierto grado, independiente de ellos.

Por esta razón, el cristianismo planteó un problema nuevo que no había conocido el mundo antiguo: el problema de las relaciones entre

²¹Ev. según San Mateo 22, 15-22; Epístola I Pedro, 2, 13-17; Epístola a Tito 3, 1. Esta sumisión al poder civil, no obstante, se propugna en el entendido que la autoridad *sirve* a la comunidad creando las condiciones para el bienestar material y espiritual de sus miembros. Es decir, que el mensaje cristiano, junto con promover el acatamiento y respeto a la autoridad civil, crea un nuevo concepto de la autoridad; San Marcos 10, 42-45; Filipenses 2, 3-11.

Iglesia y Estado y supuso una diversidad de lealtades y un juicio no incluido en la antigua idea de ciudadanía. Es difícil imaginar que la libertad hubiese podido desempeñar el papel que llegó a tener en el pensamiento político europeo si no se hubiese concebido que las instituciones éticas y religiosas eran independientes del Estado y de la coacción jurídica, y superior en importancia a ellos²².

La Iglesia al lado del Estado representó la quiebra definitiva de la vieja idea imperial y el punto de partida para un desarrollo enteramente nuevo. Para el imperio romano significó un centro de apoyo y un vínculo eficaz de unión entre los pueblos en un momento en que aún lejos estaba el surgimiento del moderno sentimiento de nacionalidad. Le significó, además, dotarse de una organización autónoma que, colocada al lado de él como su igual, encarnaba los valores deseables de ser inculcados en la comunidad. Así, una vez que Roma desechó la pretensión de ser fuente de autoridad religiosa, el cristiano pudo entrar a cooperar lealmente como ciudadano o soldado del Imperio.

“La Iglesia tenía la organización apropiada para poder dar apoyo a la autoridad secular, enseñar las virtudes de la obediencia y la lealtad y educar a sus miembros en los deberes de la ciudadanía”²³.

Así, la Iglesia fue desarrollándose junto al Estado a través de un apoyo y protección recíprocos y fue la institución que, desde entonces, logró mantener la unidad y cierta homogeneidad, en medio del desmembramiento político y social y de la diversidad de culturas, razas e idiomas, durante los diez siglos que constituyen el medioevo, hasta el surgimiento del Estado moderno.

Esta idea de unidad humana que constituye el germen de la concepción de una sociedad universal y de una integración entre las naciones aflora a la superficie y se impone definitivamente con el advenimiento del cristianismo.

La civilización helenista proporcionó una unidad cultural²⁴, el imperio romano proporcionó una unidad territorial, un escenario adecuado que reunía bajo su autoridad una multitud de hombres, que tenía el dominio de la “tierra habitada”. Sin embargo, y no obstante la uni-

²²Sabine, George H., *Historia de la Teoría Política*, Fondo de Cultura Económica, 4ª ed., 1968, 145.

²³Sabine, *ob. cit.*, 144.

²⁴“Fue el primer reinado indiscutible de una civilización unificadora y supertribal formada por elementos heterogéneos”, Kahler, Erich. *Historia Universal del Hombre*, Fondo de Cultura Económica, México, 1953, 106.

dad cultural y territorial alcanzada, se adolecía aún de un sentido de unión de los hombres entre sí, de un concepto complementario que es el concepto espiritual de humanidad, fundado en el carácter de hermandad.

Siguiendo a Kahler, podemos afirmar que el concepto de humanidad no es otra cosa que "la percepción clara del género humano como un todo y de la naturaleza humana como una cualidad inherente en todos los seres humanos por igual y sólo en ellos".

Bien se puede decir que con el cristianismo, y sólo con él, el hombre alcanza la etapa de humanidad: es a la luz de los principios cristianos que el individuo logra salir de su particularismo tribal y autosuficiente, para percatarse de su existencia como género humano, como miembro de una comunidad unificada de seres humanos en el tiempo, con una característica común a todos que es la cualidad humana.

En el trasfondo de esta idea de humanidad se encuentran dos elementos que son sustancialmente cristianos, el concepto de un Dios universal, creador y gobernador del universo y de todos los hombres, y el concepto de igualdad esencial entre los hombres hechos a imagen y semejanza de Dios. El desarrollo y asimilación posterior de estos conceptos han permitido al hombre occidental evolucionar, dando así un gran paso en la civilización. No en vano el cristianismo ha sido donde se ha extendido germen de cultura y semilla siempre fructífera de civilización.

